

Centenario del Hospital de San Isidro

Discurso del Dr. Bernardo Noguero

Sr. Intendente Municipal - Autoridades de la Secretaria de Salud y del Hospital - Asociación de Profesionales - Señoras y señores - Amigos todos del hospital

Es un honor para mí que me hayan invitado para hablar en nombre de una historia; de cien años de historia La historia de dos edificios pero de un solo hospital

Por un lado la historia de un primer edificio, el del viejo hospital de Juan José Díaz, que se inauguró el 13 de junio de 1909 después de muchos años de fuertes luchas motivadas por la oposición de caracterizados vecinos de entonces que no estaban de acuerdo con que la Sociedad de Socorros construyera un hospital en el ejido urbano del partido. Fue por eso que transcurrieron 15 años entre la colocación de la piedra fundamental de lo que sería el complejo colegio-asilo-hospital y el inicio de la construcción del edificio propiamente destinado a hospital. Un edificio financiado por el aporte de los vecinos de San Isidro, que más adelante también iban a financiar la construcción de los pabellones de Pediatría y de Clínica Médica inaugurados en 1922 y 1923 respectivamente y sostener el funcionamiento del hospital.

Por otro lado tenemos la historia de este segundo edificio, iniciado hace cincuenta años y cuya construcción, detenida muchas veces, da cuenta de las insalvables dificultades que solemos tener para articular los niveles nacionales, provinciales y municipales en pos de un fin común y que recién hace seis años y después de muchas luchas, de muchos intentos de privatización o de cambio de destino pudo por fin, con financiamiento municipal, habilitarse como hospital público, como había sido la decisión inicial.

Ambas historias edilicias nos enseñan mucho acerca de lo difícil que es en nuestro país construir con visión de futuro, de lo difícil que es conseguir que se piense en primer lugar en las necesidades de quienes menos tienen y que más necesitan y en el largo tiempo que se demora en plasmar estos sueños en realizaciones concretas.

Decía que hay dos edificios pero un solo hospital. Y la institución hospital también tiene su historia. La que empezó en Juan José Díaz, la que continúa aquí y la que debe proyectarse hacia el futuro. Y esta es la historia que más me interesa destacar.

Es importantísimo tener clara certeza de nuestro origen y legarla a quienes nos continúan; por eso me complace que se haya decidido fijar en un monolito recordatorio la fecha de nuestro nacimiento como hospital. Al igual que para los pueblos también para las instituciones es indispensable tener clara conciencia de sus orígenes y de su trayectoria. Si se olvidan o no se tienen en cuenta, se pierde perspectiva. Ninguna historia institucional comienza y termina con uno. Uno solo transita un tramo y las historias institucionales nos preceden y nos siguen. En el tiempo que nos toca debemos ser capaces de asumir plenamente el pasado y de trabajar para que las instituciones se puedan proyectar hacia el futuro, cambiadas, modernizadas y adaptadas a los tiempos, pero siempre fieles a sus objetivos y esencias más profundas y duraderas.

En un hospital, más importantes que las historias de sus paredes son las historias humanas que transcurrieron y siguen transcurriendo en sus salas. Historias construidas en conjunto por los pacientes y por quienes trabajan con ellos. Historias anónimas de

temores y esperanzas de alegrías y dolores de triunfos sobre la enfermedad y también de fracasos. Historias de vida, de reencuentro con la salud perdida y, a veces, de despedidas para siempre.

La historia de nuestro hospital es muy rica y muy hermosa.

Hace ya más de diez años estuve largo tiempo sumergido en la búsqueda de información sobre la fundación del hospital y sus primeros años de vida y eso me permitió conocer una saga de luchas, de conflictos, de entrega y de compromiso protagonizada por personas admirables en su fuerza y su decisión y que merecen ser recordadas.

He sido participe y testigo de casi la mitad de esta historia centenaria. Tengo en mi memoria personajes, escenas, conflictos y momentos cruciales de la evolución institucional. Podría mencionar nombres de médicos que fueron verdaderos maestros en sus especialidades, de enfermeras de una dedicación ejemplar, de personal de apoyo insustituible. Pero mencionar a cualquiera de ellos en particular sería injusto con todos los demás que estuvieron a la misma altura. Para todos ellos es mi recuerdo, para los muchos que conocí y ya no están, y para los que los antecedieron. Claro que también hubo, y siempre hay, de los otros, no podría ser de otra manera. Pero no son ellos lo que integran la larga lista de los constructores de historia.

Entre aquel hospital al que un día ingresé y que solo tenía un viejo equipo de radiología, un laboratorio básico, un aparato de electrocardiografía y muy poco más y el hospital que dejé hace siete años había diferencias abismales en equipamiento y complejidad. Un hospital pequeño, pero con un fuerte potencial de desarrollo se convirtió a largo de esos años en un hospital importante, equipado, con un muy alto nivel profesional, asistencial y docente y con un gran reconocimiento de su comunidad. Un año después se trasladó a este nuevo edificio para continuar su camino.

Los hospitales son instituciones sociales muy complejas. Lo son porque su objeto de trabajo lo constituyen personas, los pacientes, que llegan con toda su carga de enfermedad, de dolor, de angustia y también de necesidades y de esperanzas. Y lo son porque con los pacientes no trabajan máquinas sino otras personas: médicos, enfermeras, personal general, que, más allá de la tecnología cada vez más sofisticada con la que cuentan, deben seguir apelando a la vieja e irremplazable herramienta de la comunicación y de la relación humana para lograr cumplir una función asistencial de calidad.

Además los hospitales son instituciones altamente sensibles porque son concebidos como uno de los pilares que poseen las sociedades en su intento de dar respuestas al problema siempre difícil y conflictivo de la enfermedad y la muerte en la población.

Tenemos que recordar que un hospital, como cualquier institución, no puede quedar al margen de la evolución de la sociedad en la que está incluido. No puede estar al margen de la historia de las ideas y de las prácticas médicas, de la historia de los modelos sanitarios y, desde luego, de la historia política. En todos estos campos hemos tenido épocas buenas y malas. Épocas de mayor y de menor compromiso sanitario, de mayor o menor respeto institucional, de mayor o menor participación comunitaria.

Épocas de mejor y de peor democracia. Épocas también, y esperemos que nunca más se repitan, de falta de democracia. También el hospital tuvo represión, tuvo muertos y

tuvo desaparecidos. Para ellos también mi recuerdo. Y en este momento también quiero extender mi reconocimiento a todos los que a lo largo de estos cien años tuvieron la dignidad de resistir cuando así corresponde hacerlo.

¡Cuanta necesidad ha habido siempre, y mucho más ahora, de cuidar los aspectos humanos de los pacientes y de quienes trabajan con ellos! De poner siempre en primer lugar a las necesidades de la población y de los pacientes que son la razón de ser del hospital, pero de atender también a las necesidades de quienes trabajan en el hospital, de facilitar su capacitación permanente, de respetarlos como personas, de brindarles una organización institucional clara, continente y estimulante.

No hay salud posible en una población si no se asegura la accesibilidad de todos, si no se utiliza tecnología apropiada y cobertura integral, si no se programan acciones orientadas a atender prioritariamente a quienes, por sus condiciones sociales, tienen mucho más riesgo de enfermar y de morir. En salud más que de igualdad debemos hablar y actuar procurando la equidad, que significa dar más a quien más lo necesita.

Sólo el Hospital Público puede garantizar el derecho a la salud de todos. Nunca será el mercado, endiosado sin razón, quien lo haga, por eso en tiempos en los que las concepciones basadas en la justicia, en la equidad y en el compromiso solidario están en retroceso, los hospitales públicos son más necesarios que nunca y deben ser protegidos y cuidados.

Celebrar cien años no solo es una oportunidad para el recuerdo del pasado. Es también una buena ocasión para comprometerse con el futuro. Hoy son ustedes, autoridades sanitarias, profesionales, y trabajadores todos del hospital, los que con su labor cotidiana están construyendo la historia institucional que alguna vez se contará. La historia que continuará la de estos primeros cien años. Y hoy por hoy lo fundamental para asegurar esa proyección futura es la organización institucional y la promoción de la calidad institucional, de ese delicado entramado de niveles de responsabilidad, de instancias de conducción, de supervisión, de ejecución, de evaluación y de planificación que es lo que hace de hospital un organismo vivo y sano, capaz de responder con racionalidad y eficiencia a las demandas y capaz de planificar sobre bases sólidas, consensuadas y asumidas por todos, sus proyectos de desarrollos organizativos, asistenciales y docentes con vistas al futuro. Es esta organización la que debe facilitar que cada cual encuentre su lugar para la tarea común de comenzar a transitar con objetivos claros el camino de este segundo centenario.

Quiero terminar reiterando una vez más la importancia de la historia, su conocimiento es fundamental para que las personas, los pueblos y también, como en este caso, las instituciones, puedan construir su identidad sobre bases ciertas. Y es la identidad asumida desde el origen la que, entre otras muchas cosas, permite proyectarse hacia adelante con un sentido. La que permite que los necesarios cambios y adecuaciones sean constructivos y sólidos. De otro modo los cambios pueden ser efímeros e incluso destructivos.

El olvido de la historia es muy peligroso. Por eso cuando hay que atacar a lo más hondo de la condición humana de las personas se ataca a su identidad y se les niega el conocimiento de su origen y de su propia historia. Esto también puede pasar con las instituciones. Por eso, la decisión que se ha tomado de dejar fijado para siempre en la piedra la fecha de nacimiento del hospital, para conocimiento de su comunidad y de quienes trabajan en él, me parece una decisión tan acertada como importante.

Cien años han pasado desde ese comienzo. Con un poco de imaginación, podemos suponernos rodeados de todos los que construyeron esta historia y suponer que ellos» reconociéndolos a ustedes como a sus continuadores, los instan a seguir adelante y los interpelan buenamente, afectuosamente, para pedirles que no dejen nunca de estar a la altura de lo que se espera de un médico, de una enfermera, de una autoridad sanitaria, de todos los que trabajan, enseñan o estudian en un hospital: Poner siempre en primer lugar la necesidad de los pacientes a quienes se debe atender y poner también siempre en primer lugar a las necesidades de la comunidad a la que se debe servir.

Y con un poquito más de imaginación podemos animarnos a suponer que dentro de cien años habrá otros que se junten, quizás alrededor del monolito que hoy inauguramos, para recordar los doscientos años de vida de nuestro hospital.

Bernardo Noguero

San Isidro, 13 de junio de 2009